

XIX

En el aspecto de ambos esposos, van Berg comprendió.

Se habían reconciliado, luego la joven se burlaba de él.

—Señora—le dijo, aprovechando un momento en que estuvieron solos,—os habéis burlado de mí; pero lejos de detestáros, os lo agradezco, porque me obligáis á ser dichoso.

—Eso es lo que yo deseaba, caballero. Yo soy un ejemplo vivo de que se puede cometer una tontería y adorar á su marido. Yo adoro al mío, que tiene más de un punto de semejanza con vos. Una amiga nos ha reunido. Yo he querido prestaros el mismo servicio, y probáros, ante todo, que se puede haber caído una vez y no caer más, y que cuando se posee una mujer buena y cariñosa, es una tontería correr tras otras que no valen lo que ella y que además se burlan de vos, y por último, que las

mujeres no caerían si sus maridos, menos abstraídos en sus placeres, se ocupasen más de ellas y estuviesen más á su lado.

—Os agradezco mucho todo eso—dijo van Berg con galantería.—Musset ha tenido razón al decir que los curas jóvenes son los que mejor predicán. Seguiré vuestros consejos.

La señora Robert, sonrió maliciosamente.

—Acordaos de saludar en mi nombre á Clotilde—le dijo.

—¿La conocéis?

—Es una de mis amigas de colegio. Este os probará el interés que ambos me inspirais,—dijo tendiendo la mano al belga, que la estrechó entre las suyas.

—Os diré, además—añadió,—que el alcalde, antiguo colono de la *Jonchere*, el guarda del campo y Rosa, estaban de acuerdo.

—¡Ah! ¡pérfida, lo había adivinado!

—Imitadme. He reconquistado á mi marido, reconquistad á vuestra mujer. Eso tan solo depende de vos, porque me consta que á pesar de vuestros defectos, os quiere.

Y bajando la voz, añadió:

—Mas difícil era para mi marido el decidirse, puesto que su amor propio, cómo sabéis,

había sido herido doblemente, mientras que vos salisteis del lance sano y salvo.

El belga sonrió.

El coche estaba dispuesto.

Isabel añadió:

—Cuando vayais á París, llevaos á Clotilde. Tendré una gran satisfacción en verla.

Y añadió muy bajito:

—Ya sabéis que se parece á esa pícara y pérfida, de Ro....

Cuando se presentó de nuevo el señor Robert, ambos hombres cambiaron entre sí los cumplidos de reglamento.

Rosa lanzó á su enamorado una mirada expresiva y ligeramente burlona, y el coche desapareció entre una nube de polvo.

Van Berg, rehabilitado por las excusas del alcalde, del juez de paz y del gendarme, tuvo que quedarse en el hotel hasta la salida del primer tren, siendo objeto de las mayores atenciones por parte del hostelero, del cobrador de contribuciones y del preceptor.

En cuanto llegó á Lieja, su primer cuidado fué presentarse en casa de la madre de su mujer, en donde su Rubens le recibió con las mayores muestras de alegría.

¡Ah! ¡las dulzuras del nuevo arreglo son exquisitas!

Esas dos restauraciones no han traído nuevas revoluciones.

Los Robert y los otros son matrimonios modelos.

Maitre Papillot no está descontento del suyo. ¿quién se ha apesadumbrado por el arreglo? Maitre Fischbach, que es un abogado más batallador que doce normandos y más hurraño que un gato escaldado.

¡Una reconciliación le horripila, un arreglo definitivo le vuelve loco de rabia!

Morirá siendo así.

¡Amen!

EL TREN AUXILIAR

I

La guardia imperial fué en el ejército, bajo el segundo imperio, un cuerpo escogido, soberbio, y brillante.

La guardia, como se recordará, era mimada por la corte.

Pero es preciso hacerla la justicia de que dió prueba, en todas las ocasiones de una gran bravura, y que en el fuego se distinguía por sus esfuerzos, su empuje y su valor, como se distinguía en las revistas por su elegancia y por su maestría en las maniobras.

Como justo tributo rendido á la verdad, debemos añadir que la guardia no se mostraba enemiga de los placeres y que las aventuras galantes estaban en ella á la orden del día.